

Razón. La vía real del conocimiento no es —como en el corazón del mundo medieval lo fue, como en el romanticismo va a serlo— la síntesis mística o la intuición sensible, sino el método analítico. La *Philosophiae naturalis principia mathematica*, de Newton, impregna toda la racionalidad de la época. Una racionalidad que plantea la verdad en términos cuantitativos —antes de que Holderlin escribiera "pero la verdad la fundan los poetas"— y que no aspira ya a descubrir las esencias de las cosas, sino a revelar las relaciones matemáticas que existen entre los fenómenos. Una racionalidad, pues, cuyo objetivo no es transformar el mundo, sino comprenderlo. No cabe, por tanto, en este Universo otro Dios que el de la ciencia ni otra religión que la de la Razón. Y los filósofos, los nuevos filósofos, convierten su destino de pensadores del cielo de las ideas en el de propagandistas de la tierra prometida de la ciencia: de metafísicos o escolásticos pasan a transformarse en racionalistas militantes. Racionalistas de un racionalismo —el de la mensurabilidad, el de la cuantificación del mundo— del que nadie parece disentir y al que todos parecen adorar. En medio de este aparentemente armónico panorama, y antes de que la revo-

lución de 1789 destruyera —siquiera por un breve tiempo— apariencias e ilusorias armonías, Juan Jacobo Rousseau, hombre también del Siglo de las Luces y, como ellos, encarnación de un universo intelectual cuyo blanco no es la especulación, sino el combate por las ideas, rompe el consenso de sus contemporáneos y abre una brecha profunda en la *intelligentia* de la época. Es una ruptura y un desafío. Un vuelco, en alguna medida, de ese universo intelectual. Para empezar, un cambio radical de la perspectiva en que hombre y mundo se contemplaban. No se trata ahora de fijar los límites de lo humano en la Razón, sino, al contrario, de fijar los límites de la razón en lo que es humano. Frente a la pasión de la Razón, la razón hecha pasión. Una pasión devorante —la de un hombre que de sí mismo dice que aprendió antes a sentir que a pensar—, cuyo mensaje final, auténtico y ardiente proyecto moral, es apartar a los hombres de la corrupción y de la pérdida de sí mismos y mostrarles el camino de su reencuentro y su felicidad. La Naturaleza hace al hombre bueno y feliz, pero la sociedad, entendida como pérdida de los orígenes, le envilece, le degrada y le corrompe. Más que condenar la Razón, la que ha producido esos progresos de las

ciencias y las artes, la que en definitiva ha producido esa sociedad, lo que el proyecto rousseauiano encara es su desmitificación. Eso no es realmente el progreso. Eso no es tampoco la razonabilidad que debe habitar lo humano. No. Por el contrario, el progreso está detrás, no delante. Es en el estado de naturaleza, cuando todavía no se ha producido el despliegue de esa Razón, la de los pensadores y la de los sabios, la de los filósofos, falsos filósofos, donde se encuentra la razón humana. Tal es la dialéctica final que Rousseau quiere comunicar a lo largo y a lo ancho de toda su obra. Con textos que son armas, Rousseau disiente: contra el progreso de las ciencias y las artes la acumulación de riquezas a que da lugar, contra las instituciones sociales y políticas vigentes, contra la institución de instituciones, el Estado, máscara de la dominación, contra la desigualdad, la explotación y la injusticia que encubren y producen, contra el progreso que las modela y en que se fundan, contra la negación, en aras de la ilusión de la ciencia, del sentimiento religioso en el hombre, contra todo lo que organiza ese sistema y contra todos los que lo propagan y alimentan.

En estos "Escritos de combate" se han seleccionado las obras más directamente militantes de Rousseau: además de numerosas "Cartas" y "Respuestas" —entre las primeras la "Carta al abate Reynal", la célebre "Carta al señor D'Alambert" y la espléndida a Christophe de Beaumont, probablemente no traducida hasta ahora en nuestro país—, el "Discurso sobre las ciencias y las artes", el "Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres" y el "Contrato social". Parece inútil insistir sobre la actualidad que en estos confusos, inciertos y seguramente envilecidos tiempos tienen para el lector de hoy estos textos. Romántico antes del romanticismo, crítico de la cultura antes de Nietzsche, crítico del saber como forma de dominación antes de la crítica de la ciencia y del análisis de las formas ideológicas del dominio, primer pensador que con anterioridad a Marx describe fenomenológicamente lo que después va a conocerse, en terminología hegeliana, como alienación y adelantado, en fin, de la visión del Estado como su-

perestructura, Rousseau, dos siglos después de su muerte, sigue siendo nuestro contemporáneo. Porque, pese a los aspectos más retóricos de su obra, y más allá de las disquisiciones sobre el carácter reaccionario o progresivo de su crítica de la cultura y de su llamada a la vuelta a la naturaleza, el tema último que en ella late —la humanización del hombre y su reencuentro consigo mismo, la recuperación de su verdad perdida en el espejo de lo otro y los otros— no ha dejado de ser, y hoy más que nunca es, cuestión fundamental, quizá la más fundamental de las cuestiones de nuestro tiempo. De ahí la inquietud que estos textos nos provocan.

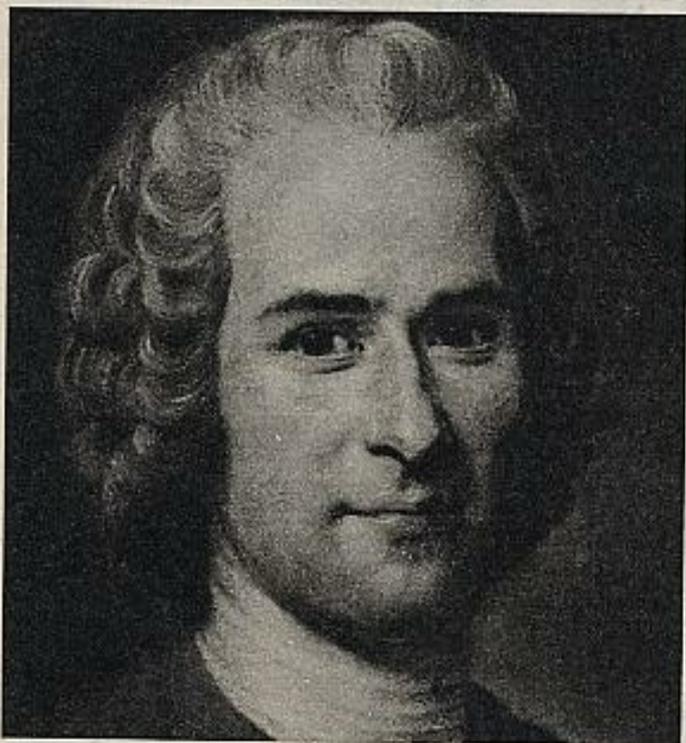
En cuanto a la edición de Alfguara, cabe decir que tanto la selección como el aparato de notas, a cargo del traductor, Salustiano Maso, y la traducción misma alcanzan unas altas cotas de calidad y rigor. La prosa rousseauiana, prosa de un pensador que es también un literato, prosa modelada con voluntad estética de estilo, es aquí recogida en un estupendo castellano sin perder un ápice de su hiriente expresividad y del centelleo de sus encadenamientos. Notable trabajo, notable edición (1). ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

La agresividad humana

DESDE hace muchos años estoy preocupado por este tema de la agresividad (2). Creo que es la clave de la sociedad actual. Lo mismo en el mundo social que en el cultural, político, religioso, económico o incluso biológico estamos viviendo una inflación del proceso agresivo. Guerras, torturas, terrorismo, enfrentamientos cruentos de individuos o grupos y violencia estructural de los regímenes políticos son las características de una época que siempre tiene en los labios las palabras idealistas de paz, convivencia, libertad y derechos humanos. Y, al final, nin-

(1) De Rousseau acaba de reeditarse "Las confesiones". Colección Selección Austral. Editorial Espasa-Calpe.

(2) Jacques Van Rillaer: "La agresividad humana". Ed. Herder. Barcelona, 1978.



Juan Jacobo Rousseau.

guna época ha llegado a un nivel tan extendido de violencia física y psíquica como la nuestra.

Esta situación no se supera con bellas locuciones ni con sentimentales deseos llenos de ingenua buena voluntad. Y tampoco se resuelve burocratizando el anhelo de paz: ahí están, por ejemplo, los grandes organismos internacionales como la ONU, la UNESCO, y tantos otros más que —cuando se ahonda en su eficacia— queda uno sorprendido del engaño en que hemos caído al creer que ahí residía la principal solución.

Por esa razón, libros como éste son necesarios, descubriéndonos que el camino único a nuestro alcance está en el estudio científico de la agresividad. Y de esta reflexión hay que sacar pautas de solución que intenten hacernos salir del círculo de hierro en que nos encontramos los hombres actuales.

Primero se trata de saber cuál es la entraña de la agresividad, cómo es su mecanismo productor, y no dejarnos llevar después

de la superficialidad emotiva con que se trata este tema. Unos son partidarios de entenderlo como un instinto o una pulsión heredada que son inherentes al ser humano como tal; y otros dan toda suerte de explicaciones imaginativas para adoptar la postura contraria, dando por supuesto que todo se arreglaría fácilmente consiguiendo una educación y una legislación contrarias a la violencia.

Este libro, escrito por un psicólogo y psicoanalista profesor de la Universidad Católica de Lovaina, pone a punto la situación científica del problema.

Y la conclusión de este especialista es que sí "existen en el hombre unos estímulos endógenos —el hambre, la sed, la sexualidad, la necesidad de movimiento y el sueño—, pero no producen invariablemente y en forma automática una u otra acción determinada". Por tanto, la agresividad no es un destino ineluctable que pese fatalmente sobre el ser humano.

El autor más peligroso del mo-

mento actual —desde este punto de vista— es el etólogo Konrad Lorenz, que ha divulgado una concepción inaceptable desde el punto de vista de las más diversas ciencias relacionadas con la conducta humana.

Van Rillaer pacientemente desmonta a Lorenz observando: 1) que "muy pocos investigadores suscribirían su declaración de que en la Naturaleza la guerra está omnipresente"; 2) que "el homo sapiens no es un ratón complicado, como tampoco el animal es un esbozo deficitario de hombre"; y 3) que "son muchos los zoólogos y psicólogos que consideran que la síntesis de Lorenz es muy discutible". Saca Rillaer a relucir, por lo menos, "una decena de especialistas famosos" que están en contra de las interpretaciones de este etólogo tan divulgado en España.

La última parte del libro —de gran interés también— la dedica a estudiar las causas fundamentales de la agresividad (se centra especialmente en "el placer de las emociones violentas" que

proliferan en una sociedad frustrada como la nuestra, y la fragilidad de "Su Majestad el Yo". Recuerda la gran observación de Nietzsche —y más tarde el educador Alain— cuando dice que el peligro no reside en el descontento de los demás, sino en aquel que se odia a sí mismo inconscientemente y proyecta su odio sobre el prójimo. A continuación insinúa el autor algunos de los lentos y difíciles caminos de educación y autoeducación de estos rasgos de paranoia y de racismo pasional en que consiste la agresividad, estudiando así el tema de la "abreacción", y la "relajación", el "humor", el "distanciamiento", la "verbalización" y el "diálogo". ■ E. MIRET MAGDALENA.

Teatro valenciano

RENTE al enfoque idealista de nuestra diversidad, no faltan quienes, seriamente, con los criterios del materialismo histórico, dispuestos a arrostrar las com-

ELOY

SEGUNDO LIBRO
DE LA INGENUO SERIE
DE PALACIOS
SOBRE LA GUERRA CIVIL

¡RÍO MANZANARES!

¡Y MADRID NOS NECESITA!

¡LOS T-26 ACTUANDO COMO
ARTILLERÍA DESTROZAN LAS
POSICIONES ENEMIGAS.

De Venta
En Librerías

La guerra civil
en imágenes A TODO COLOR
sacadas de las imágenes
de la guerra civil.

Próximo episodio: Euskadi en llamas.
(Ediciones en castellano y euskera.)

Ikusager
EDICIONES S.A.

DISTRIBUCION
EXCLUSIVA

Central: López de Hoyos, 141
MADRID-2. Tel. 416 66 00

LACA